

Unas cartas de Julio Caro Baroja a José Miguel de Barandiarán

JUAN ANTONIO GARMENDIA ELÓSEGUI

Coincide más o menos la aparición de este Boletín-Homenaje de la RSBAP a D. Julio Caro Baroja con la salida del libro *Cartas a José Miguel de Barandiarán. Segunda Etapa, 1952-1991*, continuación de las *Cartas de la Primera Etapa, 1915-1936*; ediciones, ambas, de su sobrino y biógrafo, D. Luis de Barandiarán Irizar, y publicadas por la antigua Caja de Ahorros Municipal de S.S. y Fundación Kutxa, respectivamente, en 1989 y 1995. En ambas ediciones se registran unas interesantes y sugestivas cartas de Caro Baroja quien, por cierto, prologaba el primer volumen concluyendo así su texto de 1989:

Aun en tiempo de guerra y de postguerra (de exilio para D. José Miguel) mantuve relación con él y alguna vez fui andando de Vera a Sara para verle (...) Don José Miguel continúa infatigable, como cuando hace cosa de cincuenta y ocho años recibió por posible discípulo en Molinar de Carranza a un chico estudioso que ahora es un viejo cansado.

La inmensa personalidad de D. Julio y D. José Miguel, tan diferentes y tan próximos al mismo tiempo; la trascendencia de sus estudios y aportaciones; el prestigio que para Euskal Herria y para tantos de nosotros supone el contar con dos figuras que, entre ambas, cubren prácticamente todo el siglo XX, aportando tal cúmulo y tesoro de conocimientos; su talante humano y personal, tan interesante y atractivo... En fin, tantas y tantas cosas que se entrecruzan en ese *revival* que las cartas de Caro Baroja a Barandiarán ofrecen de forma tan entrañable como sugerente y llena de autenticidad.

Son epístolas breves, concisas y cordiales; precisas, exactas y *puntuales*; afectuosas y amables; sinceras y naturales: reflejan muy bien la seriedad y sentido de responsabilidad, el carácter sobrio, el rigor de las preocupaciones

profesionales y científicas de su joven firmante. El lote de las 19 cartas publicadas en el primer tomo, que corren de 1933 a 1936, van siempre encabezadas por la expresión “admirado maestro”: sólo eso, en una personalidad como la de Caro Baroja, tan estricta en efusiones y exteriorizaciones como sincera en su autenticidad, refleja elocuentemente todo el afecto y gratitud que D. Julio ha sentido por D. José Miguel, siempre patentes a lo largo de su vida y más en estas primeras cartas. Después, en los textos de la segunda etapa encabezará su inicio como “querido maestro” (1956 y 1966), “mi respetado amigo” (1960), “querido D. José Miguel” (1967 y 1968), “querido y admirado D. José Miguel” (1972), etc.

En Caro Baroja ha pesado siempre el recuerdo y trascendencia de su encuentro con Barandiarán. Aunque se trate de texto muy conocido y profusamente relatado por él, tanto en escritos como en conservaciones, viene bien aquí el recordarlo:

Cuando yo llegué a Carranza (Vizcaya) a aprender algo por vez primera, bajo la férula de Aranzadi y de Barandiarán, me encontraron muy niño todavía. Pero me trataron excelentemente (...) D. José Miguel nos hablaba a mí y a un sobrino seminarista que le ayudaba, de Folklore vasco, de Arqueología o de Etnografía general. Mientras en la Universidad tenía que aguantar tabarras y displicencias, análisis de Fernando de Herrera y otras abominaciones por el estilo, Barandiarán nos daba ideas muy claras y exactas sobre el método histórico-cultural, sobre las recientísimas investigaciones de Malinowski, sobre la idea de Dios entre los primitivos, acerca del pensamiento de Durkheim o de Wundt... Total, que en una cueva paleolítica de Vizcaya y de boca de un sacerdote católico vasco saltó más materia universitaria que de las aulas madrileñas.

¡Inconfundible Caro Baroja! Y obsérvese la intencionalidad de sus últimas líneas en un “laico” como él...

Tales apreciaciones llevarían a D. Julio a decir, dirigiéndose a D. José Miguel: *V., que conoce mejor que nadie el folklore del País... (7-I-33).*

Son cartas a través de las cuales puede seguirse el hilo de lo que, con el tiempo, serán las líneas argumentales de la producción de Caro Baroja y que, ya a sus veinte años (1933), apuntaba seria e inequívocamente. Así, a partir de aquellos primeros textos epistolares del trienio 1933-36 puede trazarse un esquema de lo que ya entonces constituían las preocupaciones de Caro Baroja y que en un cuadro elemental podrían establecerse así:

- La familia y los suyos. Su San Sebastián de origen
- Leyendas y cuentos populares. Folklore

- La Cuenca del Bidasoa y el Baztán. Vera
- Arquitectura popular. Industrias, tallas...
- Grupos humanos. Minorías étnicas. Agotes...
- Brujería y hechicería. Inquisición
- Aperos de labranza y vida rural. Vida urbana
- Antropología y arqueología prehistórica e histórica. Iconografía, inscripciones...
- Museología
- Historia. Análisis sociológicos
- Trabajo de campo y encuestas
- Viajes y excursiones. Dibujos, fotografías y croquis
- Carnaval

En sus cartas, y a propósito de todos esos temas, habla siempre de datos concretos, propuestas reflexivas, lugares y localizaciones precisas, comentarios parcos y rigurosos... y, por supuesto, los toques de humor, ironía y crítica están ya presentes en el joven estudiante que estrena su veintena y sus primeras incursiones a Simancas y demás archivos y bibliotecas.

No faltaban ya entonces, primeros años 30, las quejas y preocupaciones sobre sus enfermedades: esa “mala salud de hierro” que le acompañaría durante largas décadas.

Ni la prudencia y discreción en su forma de comunicarse:

Si soy parco en comunicarme con V. es por miedo a distraerle de sus trabajos, que creo han de ser muchos; no por olvido. Así, no me decido a escribirle más que cuando tengo algo preciso que decirle (30-III.35).

Ni tampoco faltan su afán de perfección por la otra bien hecha y su agudo sentido de responsabilidad: son patentes en estas cartas que siguen, donde también se comprueba su excepcional madurez, inusual aún en un joven.

He recibido su amable carta en la que me notifica que mi desdichado libro ha llegado a sus manos. ¡Cuánto mejor hubiera sido que jamás saliera de las mías!

Me dice V. que quiere ejemplares para mandarlos a diversos puntos de Europa. Sinceramente estimo que es tan imperfecto que no debe de ser dado a conocer por ahí. No se vaya V. a creer que lo digo por humildad tan sólo, sino que también entra el miedo en ello. Los trabajos que publica la Sociedad, bajo su dirección, son tan perfectos y rigurosos que el mío no puede estar decorosamente al lado de ellos en una biblioteca. Creo que ni el buen nombre del “Laboratorio” —la carta va dirigida al Seminario de Vitoria— y menos yo ganaríamos nada con esto.

Llevo una temporada en la que todos los defectos los veo muy claramente y la verdad, eso de que le restrieguen a uno las narices por pecados de juventud e inexperiencia, no me hace mucha gracia, y es lo que preveo si V. da a conocer mi libro. Prefiero considerar su aparición como algo análogo a la primera salida de Don Quijote.

De todos modos, si V. quiere ejemplares para repartirlos entre gentes del País, colaboradores del "Anuario", etc., yo se los enviaré cuando tenga una fe de erratas que estoy haciendo, pues, por desgracia, hay bastantes (aparte del completo desbarajuste con que están redactadas las notas) (18-XII-34)

Incluidos los pudores intelectuales juveniles:

Me dispensará por no haber contestado antes a su última carta, pues he estado varios días enfermo. No por eso he dejado de acordarme de sus observaciones. A pesar de lo que ellas significan para mí, me dispensará, también, de que por una vez no acceda a sus deseos. (¡No le parecía tan mal a Barandiarán el libro...!) Sinceramente, creo que mi libro es muy mediano, medianía empeorada por las erratas, y que no debe de ser dado a conocer por ahí. En esto pongo un punto de vanidad; no es sólo modestia (29-I-35).

Son cartas, pues, que hace ya sesenta, sesenta y tantos años, marcaban ya al excepcional hombre de ciencia: a su inteligente observación y percepción de las cosas y al análisis exhaustivo de los temas tratados; a su disciplina, laboriosidad y curiosidad insaciables y a su talante humanista, para el saber enciclopédico y multidisciplinar de los conocimientos; a un magisterio expositivo transmitido con sencillez, claridad y rigor implacables; a una generosidad, independencia, sinceridad y honradez intelectual y humana, dignas del mejor elogio; a una vena literaria, artística y creativa admirable, en la línea sobria y directa, realista y crítica, irónica y a veces desgarrada del *estilo Baroja*, que no en vano D. Julio es personaje barojiano donde los haya.

En las cartas que ahora se publican, pasados ya muchos años desde esas primeras de los años 30 que acabamos de ver —más expresivas e ilusionadas, desde su juventud y su futuro—, sigue el Caro Baroja de siempre, aunque marcado por la experiencia de los años y los vaivenes de la vida. En algunas, con la tristeza y dolor contenidos, como ésta escrita precisamente el día de su cumpleaños, junto al zarpazo de la muerte:

Los años últimos me moví poco, atado a casa y cuidando al tío. Se fue y aunque su personalidad había quedado desintegrada por completo de cierta fecha a esta parte, dejó un vacío inmenso, que no sé cómo llenaré. El trabajo fue ley moral para él y en esto le seguiré. También en vivir con

sencillez y mintiendo lo menos posible. Cosa difícil en estos tiempos (13-XI-56).

¡Mensaje ético y moral sobre cuyas excelencias sobran más explicaciones!

Los años pasan, pero la fidelidad y añoranza de D. Julio hacia D. José Miguel siguen como siempre:

(...) siempre se aplaza el momento de ir a hacerle una visita a Ataun, a recordar tiempos, días mejores, más placenteros para mí (23-IX-60).

Tanto le preocupó a Caro Baroja la pérdida de nuestra identidad y la desaparición de tantos valores, que se necesitarían muchas páginas para comentarlos:

Me he comprometido, por fin, con la Diputación Foral para instalar unas primeras salas de museo histórico-etnográfico de Navarra, para San Fermín. Compromiso algo loco, pero del que voy a salir adelante. Así, pronto en Pamplona habrá un lote de objetos que he ido reuniendo en la Navarra Atlántica y en la Burunda y a ello seguirá una serie de cosas del centro y de la parte pirenaica (...) He aquí que cuando ya no pensaba más en museos ni en nada parecido surge esta coyuntura "final" por todos sentido, porque en mi última visita a los caseríos de Vera, Lesaca, Zubieta, etc., me he encontrado en un desmantelamiento casi total, comparando lo que hay con lo que había hace treinta años. La parte de la Burunda está mejor; pero de todas formas todo va por el camino de la destrucción. ¡Qué tradicionalistas somos! Feliz año 67 y saludos cordiales de su viejo discípulo que le quiere y admira de veras (9-I-67).

En la última carta publicada en este lote de seis que ahora ven la luz, Caro Baroja se despidió con alusión a su principal problema de salud que, desgraciadamente, tanto le ha afectado en estos últimos años:

Yo ando como puedo, con algo de glucosa o azúcar que no me endulza la vida precisamente.

El viejo género epistolar ("género literario estimadísimo", como escribía Caro Baroja en su prólogo al primer tomo de estas *Cartas*), tan decaído hoy, cobra con esta serie de las cartas a D. José Miguel de Barandiarán todo el interés, complejidad y sugestión que las relaciones humanas ofrecen. Hay que agradecer a D. Luis de Barandiarán Irizar su aportación de ambos volúmenes de *Cartas* que, desde el punto de vista de los textos de Caro Baroja que nos ocupan, ofrecen tan entrañables testimonios y tal devoción por Barandiarán.

Lo cual, como decíamos, es de siempre. Así, en su memorable colaboración al Homenaje a D. José Miguel de Barandiarán en 1962 de "La Academia

Errante” (Añamendi, 1963), y tras unas impresionantes reflexiones sobre el cambio en el que el País se veía metido, escribía D. Julio:

D. José Miguel de Barandiarán ha vivido y vive esta época de transformaciones, y, más optimista que yo siempre, ha declarado en alguna ocasión que lo moderno es tan bueno como lo antiguo, si no más. Resulta así que un sacerdote vasco aparece a ojos del público en las líneas llamadas avanzadas, mientras que un laico, medio vasco tan sólo y de antecedentes sospechosos, se halla en la retaguardia. Pero tal vez la discrepancia sea sólo aparente (...)

(...) Allá en la colina desde la que se ve el campanario de la iglesia, apoyado en un manzano viejo, lleno de muérdago (manzano que no se volverá a sustituir), un vecino mío, de Vera, me decía hace unos meses: “Sí, para vivir como nosotros vivimos hace falta ser burros. Los jóvenes no quieren esto. Hacen bien. Pero nosotros no tenemos más remedio que morir aquí”. Y señalaba los campos de alrededor, esmaltados, verdes, jugosos, como si fueran un desierto vil.

Si es “lógico” y “natural” tener que dejar la casa de uno, el campo de uno, la tierra de uno, para irse de sereno a una fabriquita más o menos inmunda a gozar de las delicias del tupí más decano frente a la esclusa llena de espumas y de papeles sucios, nuestro país y como él otros de Europa, no tienen remedio.

Pero yo aún sueño con un día en el que refiriéndose a él pueda seguirse diciendo:

“Poéticamente habita el hombre...”

En todo caso es agrupándonos en torno a D. José Miguel de Barandiarán como, los que creemos que hay que defender el derecho a la poesía en la vida, podemos y debemos hacer algo (...)

(...) ¡Tengamos la voluntad de habitar poéticamente en un país poético y demos gracias a D. José Miguel de Barandiarán por habernos abierto los ojos ante una maravillosa realidad que aún existe, pese a todo: nuestra realidad prehistórica, protohistórica e histórica!

¡Era esto en 1962...!

D. Julio Caro Baroja, retirado hoy de todo, vive muchas horas del día, sentado junto a la ventana de su habitación de Itzea, contemplando con ojos tristes aquellos mismos “campos de alrededor, esmaltados, verdes, jugosos” y que lo están más aún ahora, en este invierno oscuro, lluvioso y frío, y rodeado del cariño de su familia y de sus más próximos. “Yo lo que más admiro es la bondad, la bondad oculta y llana”, había declarado en 1986. Y como decía Marañón, “con los años lo que más estima el hombre inteligente son sus recuerdos”.

En 1988, bajo el epígrafe “Minivitalismo senil”, escribía de él mismo:

Pasan los años, llega a la senectud y advierte que mucho de lo que aprendió le sobra, le interesa poco o lo tiene arrumbado como en un almacén de trastos viejos.

Y cuando uno acude a Quien cuida de él y de todos nosotros, a Quien ordena y establece el tiempo de nuestras vidas, no puede menos de tener presente aquello que D. Julio Caro Baroja declaraba en 1987, tan decisivo y concluyente:

La idea de Dios la extraigo no sólo de la religión, sino también de la ciencia, de esa idea de plan que se ve en el orden del cosmos (...) La propia experiencia humana, el cariño y la misma inteligencia contribuyen a producir la idea de Dios...

No sorprende que así se exprese quien se ha caracterizado, desde su norma del trabajo como ley moral, por su afán en la búsqueda y análisis de la verdad; en su honradez, consecuencia y sinceridad de convicciones; su sencillez y generosidad personales; su esfuerzo disciplinado e incansable; su austeridad de vida; su entrega a estudios y preocupaciones de tan alto contenido doctrinal, científico y ético...

La R.S.B.A.P. se honra con este Homenaje a D. Julio Caro Baroja, quien, con la aportación de su monumental obra científica sobre Euskal Herria, hecha con tanto amor como con constancia y rigor, honra y prestigia muy alto la entidad histórico-cultural de nuestro País.